

¿A quién cantan los ángeles de Belén?

Por todo el orbe se encienden luces en la noche silenciosa y estrellada de la Navidad. Noche misteriosa, noche santa, llena de cantos angélicos, de fulgor de estrellas, de pastores de alegría encantadora y sagrada. En esta noche misteriosa queda derrotada para siempre la fuerza de las tinieblas: porque en todas las iglesias, a medianoche, de todos los labios brota este cántico de alegría: «*Jesucristo ha nacido, ¡alegrémonos!*».

Hace dos milenios que resuena el cántico de los ángeles de Belén. ¿Quién es ese Niño que ha nacido hoy? ¿Por qué no podemos olvidarlo después de dos mil años? ¿Por qué, ciertamente, no lo pueden olvidar los que le aman y los que le odian?

1º ¿Quién es este Hombre que escapa al olvido?

Si ese Niño no hubiese sido más que hombre, uno entre millones y millones que han vivido en esta tierra, este hecho asombroso sería siempre un enigma insoluble. A todos olvidamos..., pero a El no. Todavía hoy Cristo es amado con un amor tal, y odiado con un odio tal, que no se puede explicar.

De esto nos habla la Navidad. Del nacimiento de Cristo.

¿No llama poderosamente la atención el que ni antes ni después de El haya dejado tan profunda huella el nacimiento de ningún niño? Desde hace dos milenios han nacido millones y millones de niños. Muchos de ellos, hijos de príncipes, de reyes, de emperadores, ¿Quién se acuerda hoy de ellos? Aunque el recién nacido haya sido hijo del monarca más poderoso del mundo, hoy no significa nada para la humanidad, y menos para los hombres que vivirán en los siglos venideros.

Pero seguimos celebrando el nacimiento de Cristo. Lo celebramos aun después de su muerte. Bien es verdad que celebramos el cumpleaños de nuestros seres queridos, de nuestro familiares..., pero tan sólo mientras viven. ¿Quién celebra el cumpleaños de un muerto? Pero un día nació un niño, en un país lejano, en una aldea desconocida, en un establo abandonado; no vivió mucho tiempo en la tierra, no vivió más que treinta y tres años, y no obstante, dejó trazados en la Historia unos surcos tan profundos, que su nacimiento sigue celebrándose año tras año, y lo celebran aun los que no comulgan con la fe cristiana; y lo que es más, lo celebran en un ambiente de fiesta entrañable y acogedor, que irradia paz, felicidad y alegría.

¿Qué niño es ése? ¿Es de nuestro linaje? Ciertamente lo es, de ello no hay duda; pero forzosamente tiene que ser algo más.

2º ¿Quién es este Hombre para que se le siga amando tanto?

Y no sólo festejamos su recuerdo, sino sabemos que Cristo vive aún hoy día entre nosotros. No le hemos olvidado: aquí mora, en medio de los cristianos, y una gran parte de la humanidad pronuncia a diario su santo nombre al rezar. No hemos olvidado sus palabras; ellas siguen resonando en nuestros oídos como si acabase de pronunciarlas. Millones de corazones laten con vehemencia al pronunciar su nombre. Millones de almas sienten mitigarse sus penas al levantar sus ojos a la cruz donde murió. Millones de personas hallan en El las fuerzas que necesitan para cumplir calladamente sus deberes de cada día. Siempre hubo, y hay todavía, cristianos dispuestos a sufrir el martirio por amor a El. Siempre hubo, y aún quedan, jóvenes dispuestos a renunciar por El a la más brillante carrera del mundo.

—Oiga, Hermana —dijo un hombre a una religiosa enfermera, al ver la paciencia de ángel con que cuidaba a un enfermo de aspecto repugnante—: yo no sería capaz de cuidar a un enfermo así, por mucho dinero que me diesen.

—Yo tampoco lo haría —contestó la religiosa, y después añadió en voz baja—: pero por amor a Jesucristo, sí lo hago.

Que Cristo sea una realidad viva en el corazón de muchos aun hoy, dos mil años después de su muerte, no puede comprenderlo nadie, si no es aceptando que Cristo es Dios y que sigue viviendo entre nosotros, aun después de morir. Es lo que le impresionaba a Napoleón, en su destierro en la isla de Santa Elena, y así le decía al general Bertrand:

«Esto es lo que más admiro y lo que me prueba de un modo irrefutable la divinidad de Cristo. Yo también era capaz de enardecer a las tropas, que por mí se lanzaban a la batalla y se exponían a la muerte. Pero para poder hacerlo, tenía que estar presente, necesitaban que les mirase, que les hablase, que les soltase una arenga, que les conmoviese el corazón. Lo mismo le pasaba a Julio César, a Alejandro Magno. Pero en el futuro, de nosotros apenas se acordarán, como mucho cuando estudien la Historia Universal. Sin embargo, Jesucristo sigue siendo amado, adorado y predicado en todo el mundo. Esto no lo puede hacer más que Dios».

Si Cristo no fuera más que hombre, no se comprendería que se le ame de esta manera.

3º ¿Quién es ese Hombre para que se le siga odiando tanto?

Pero hay todavía más: ¿cómo es posible odiarle tanto? Porque Cristo es odiado aun hoy día. Durante estos dos mil años, siempre ha tenido enemigos y

los tiene todavía hoy; enemigos que con odio satánico han querido borrar su nombre de la memoria de los hombres, enemigos que trabajan contra El con una astucia y un esfuerzo infernales.

Esto tampoco se comprende si Cristo no fuera más que un hombre.

Se comprendería –bien o mal– que se siguiese odiando durante siglos a algunos de los crueles tiranos que, a lo largo de la historia, han sido una terrible maldición para la humanidad. Pero no; no son los Faraones, que esclavizaron a pueblos enteros para levantar sus pirámides; no son los Nerones, ni Atila, ni los peores déspotas de la historia; no son éstos los odiados..., sino Jesús de Nazaret.

Y esto es lo que no se comprende. Porque Cristo, aunque se le considere como un simple hombre, ha sido una de las figuras más veneradas de la historia. ¿A quién causó daño? ¿Aprendió algo malo de El la humanidad? ¿No escuchamos de sus labios la parábola del buen samaritano? ¿Y es posible que se le odie tanto?

No, Cristo no es un mero hombre. Si no, no se podría explicar el odio que se le tiene.

Jesucristo murió hace dos milenios, y sus enemigos le temen todavía y le persiguen aún hoy a muerte.

Humanamente no tiene explicación. ¿Es comprensible tal odio hacia Cristo? ¿Es comprensible la historia bimilenaria del cristianismo, con sus continuas luchas y triunfos, si, en el fondo, no hay detrás de ella más que un hombre muerto en una cruz?

«Consummatum est»: «Todo se ha consumado». Fueron las últimas palabras que salieron de labios de Jesucristo moribundo. Si El no fuese más que un hombre, estas palabras no denotarían más que la sensación de desengaño y fracaso con que acababa su vida. No significarían que había consumado la gran obra de la redención, sino que «se acabó todo».

«Consummatum est»: «Todo se acabó». Se tranquilizó la turba que volvía del Calvario, la que momentos antes se había espantado por el terremoto y el eclipse del sol. ¡No, no hay que tener miedo! Ahora ya está todo acabado.

«Consummatum est»: «Por fin se acabó», exclamó seguramente Pilatos, que no podía estar en paz desde que dictó la sentencia. Así debió también exclamar Herodes, que temía que se desencadenase una revuelta por causa de Cristo.

«Consummatum est»: «Por fin se acabó», exclamaron con alivio los enemigos de Cristo. «Demasiados problemas nos ha causado ya. Por fin podremos dormir tranquilos».

«Consummatum est»: «¡Todo se acabó!», se dirían apesadumbrados los Apóstoles, después que muriera Cristo.

Pero si Cristo terminó su vida con una ruina tan completa, ¿cómo es posible que, después de los innumerables cambios habidos en estos dos milenios –en instituciones, formas de pensar, costumbres, leyes, etc.–, no le hayamos podido olvidar?

Aún más: ¿cómo es que este Cristo ocupa hoy todavía un puesto preeminente en la historia de la humanidad? Un puesto tan preeminente, que todavía se le ataca con fiera saña, con un odio inmenso, para acabar de matarle por fin de una vez... ¿Para qué matar al que ya murió? ¿No es de locos querer ejecutar de nuevo a un muerto?

Conclusión.

Conocemos el odio ilimitado con que los fariseos le atacaron hace dos mil años, y he ahí que el mismo odio sigue enardeciendo hoy a muchos contra la cruz de Cristo. Conocemos el amor ardiente, abnegado, que le profesaron sus seguidores hace dos milenios, y he ahí que el mismo amor sigue ardiendo aun hoy en muchos millones de corazones que se entregan totalmente a El. ¿Hay un caso semejante a éste en la historia universal, un caso en que el odio y el amor a una persona desafíen durante dos mil años la gran ley del tiempo, del tiempo que despacio lo sepulta todo y todo lo cubre con el olvido?

Si Cristo no fue más que un hombre, ¿cómo se explica ese irresistible influjo que ejerce aun hoy, después de dos milenios, en la cultura, en las costumbres, en la vida de muchos pueblos, con ese encanto que ejerce sin cesar, después de haber sido ejecutado como un malhechor? ¡Expliquen este misterio los que tienen a Cristo por mero hombre!

Sí; el tiempo abate inexorablemente todo el oleaje que el hombre más eximio haya promovido en el océano de la historia universal; y si Cristo pudo levantar olas que todavía persisten, persistirán, y no se amortiguarán jamás, ¿necesitamos una señal más clara y rotunda para convencernos de que El fue más que un hombre, que El fue el Hombre-Dios, el Rey inmortal de los siglos?

Y por tal motivo doblan la rodilla en esta noche santa millones y millones de hombres delante de Jesucristo, nacido en un establo de Belén, como lo han hecho desde hace dos milenios los miembros más insignes de la humanidad. Y por esto he de repetir con ellos:

Señor mío, creo y confieso que Tú no eres como nosotros, hombres finitos y mortales. Tú eres Dios. Tus doctrinas no fueron igualadas jamás por hombre alguno. Tu sabiduría no ha podido equipararse con ninguna filosofía. Tu nombre no se ha borrado por el paso de la historia, que todo lo borra. Tu memoria no se ha cubierto por el polvo en los anaqueles de las bibliotecas –como ha ocurrido con los hombres más geniales–, sino que vive pujante en el alma de millones de fieles. Tu imagen no se conserva, como la de los personajes más ilustres, en frías estatuas, sino pervive en millones de corazones que te aman con fervor ardiente. ¡Oh Cristo!, fuiste crucificado, muerto y sepultado, y con todo, sigues viviendo en nosotros. Tú no eres solamente hombre, eres el Hijo del Dios vivo.